Ángel Viñas



FRANCO, HITLER
Y EL ESTALLIDO DE LA GUERRA CIVIL
ANTECEDENTES Y CONSECUENCIAS

alianzaensayo

FRANCO, HITLER Y EL ESTALLIDO DE LA GUERRA CIVIL

ANTECEDENTES Y CONSECUENCIAS

Ángel Viñas

FRANCO, HITLER Y EL ESTALLIDO DE LA GUERRA CIVIL

ANTECEDENTES Y CONSECUENCIAS

Alianza Editorial

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Edición electrónica, 2014
www.alianzaeditorial.es

© Ángel Viñas, 2001
© Alianza Editorial, S. A. Madrid, 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
ISBN: 978-84-206-6700-3
Edición en versión digital 2014

A Helen, Laura y Daniel

After such knowledge, what forgiveness? Think now
History has many cunning passages, contrived corridors
And issues, deceives with whispering ambitions,
Guides us by vanities. Think now
She gives when our attention is distracted
And what she gives, gives with such supple confusions
That the giving famishes the craving.

T. S. Eliot

No hay nada escondido que no deba
ser descubierto, ni nada tan
secreto que no llegue a conocerse
y salir a la luz.

Evangelio según San Lucas
(cap. 8, versículo 17)

ÍNDICE

PRÓLOGO 13

1. EL TELÓN DE FONDO: ESPÍAS, GASES Y ARMAMENTO 29
Revisionismo en Weimar 30
Aparece Horacio Echevarrieta 41
La expansión de la colaboración: Iberia. El monopolio de petróleos 51
Una colaboración en marcha lenta y sus posos 60
Un final sin tragedia 80
Gases alemanes en el Rif 85

2. DE LA COLABORACIÓN A LA INDIFERENCIA: CONTACTOS OFICIALES Y CONTACTOS ENCUBIERTOS 113
Las relaciones hispano-alemanas hasta el nacional-socialismo 113
El nuevo contexto relacional y la indiferencia de Hitler hacia España 119
Las negociaciones oficiales sobre material de guerra 134
Visitas a Alemania y establecimiento de canales para el suministro encubierto de armamento 153
La propaganda alemana en España 178
El partido nazi en España 189

3. LA FUNCIÓN DE SUMINISTRO DE ESPAÑA PARA CON ALEMANIA ANTES DE LA GUERRA CIVIL 205
Las negociaciones comerciales en la época nacional-socialista 207
El comercio hispano-alemán 221
La colonia alemana en España hasta 1936 232
El volumen de inversiones extranjeras en la economía española antes de la Guerra Civil 235
La insignificancia de la inversión alemana 240
Los suministros españoles de mineral de hierro y de piritas en la primera fase del rearme alemán 248
Relaciones económicas con Marruecos 260

4. ALGUNOS CONTACTOS EXTERIORES DE LA CONSPIRACIÓN. MOLA LLEVA VENTAJA A FRANCO 269
El partido nazi en España y los preparativos del golpe militar 271
El caso de la Gestapo 279
La ignorancia de la embajada alemana 287
Los círculos militares berlineses 296
El caso de la Abwehr. Los contactos probados de Mola con el Tercer Reich .. 302
Alemanes en Marruecos al servicio de Franco 308
Berlín, julio de 1936: hacia una nueva etapa de la política exterior nazi 328

5. HITLER DECIDE APOYAR A FRANCO 335
Un avión en Tetuán 336
Franco envía una misión a Alemania 349
Hacia Hitler vía el partido: dos historias 353
La reunión de Bayreuth y la decisión de Hitler 368
Los motivos de Hitler para la intervención: se excluyen el factor militar y el económico 384
El factor anticomunista, ¿sobrevalorado? 388
El componente estratégico y el incentivo táctico 391
Resumen y conclusiones 397

6. PREPARACIÓN Y ORGANIZACIÓN DE LA PRIMERA AYUDA 403
Las gestiones de Queipo de Llano y de Mola ante Alemania 404
Berlín-Tetuán: de la comunicación de la ayuda a la fundación de la HISMA. 413
Los preparativos de la operación en Alemania 422
Despega el factor económico 433
Conclusiones 437

7. LA SECUENCIA DE AYUDAS EN EL AUGE Y EL OCASO NAZIS: UNA SÍNTESIS 445
Soldados alemanes en España 448

La atracción del «Imperio», de la mano del Tercer Reich 468
El apoyo a la lucha del Tercer Reich contra las democracias. ¿No beligerancia? 475
La función de aprovisionamiento al Tercer Reich y su contrapartida: material de guerra y fortunas judías 486
Buen trato a espías, camaradas y amigos… pero se estropea un negocio con el oro nazi 499
Tiempo de saldos 512
Relaciones diplomáticas y políticas con la República Federal de Alemania: el peso de las élites 515
Conclusiones finales 518

FUENTES PRIMARIAS Y BIBLIOGRAFÍA 523

Procedencia de las fotografías 525
Fuentes primarias 527
Bibliografía 545

ÍNDICE ONOMÁSTICO Y ANALÍTICO 561

PRÓLOGO

En la noche del 25 de julio de 1936 Adolf Hitler, en Bayreuth, tomó la decisión de hacer caso a la petición de ayuda que le había enviado, desde Tetuán, el general Francisco Franco.

En el verano de 1936 el Tercer Reich se disponía a entrar en una nueva fase de consolidación en el plano interno. Después de algunos años de experimentación, la dictadura nacional-socialista se reforzaba. Se avecinaban importantes decisiones en materia de preparación para un futuro conflicto. Las SS, puntal del aparato de seguridad, se expandían. En el exterior, las amarras de Versalles habían sido cortadas y alcanzados los objetivos revisionistas perseguidos desde la República de Weimar.

El 25 de julio Hitler decidió, en un corto lapso de tiempo, sin consulta con sus diplomáticos y en oposición directa a las primeras reacciones de los departamentos ministeriales alemanes ante el conflicto español, intervenir en éste y apoyar a Franco.

¿Por qué acudió Franco a Hitler? ¿En qué circunstancias lo hizo? ¿Por qué decidió Hitler dar una respuesta positiva a tal petición? ¿Sobre qué trasfondo?

Hace más de veinte años una investigación de base, centrada en el análisis minucioso de la documentación alemana localizada en numerosos archi-

vos de dicha procedencia, trató de dar respuesta a tales preguntas. Mis tesis esenciales fueron las siguientes:

Sobre el trasfondo de una estructura de relaciones bilaterales estables entre España y Alemania, las que se sostuvieron durante el período republicano fueron normales hasta julio de 1936. En ningún momento la situación española despertó alarma en los círculos de poder del Tercer Reich, concentrados en sus propias ambiciones y en otros problemas.

En contra de una amplia creencia extendida en la literatura (sobre todo de origen comunista y anarquista), la Alemania de Hitler no estuvo comprometida en la conspiración del 18 de julio. Ello no obstante, por parte de los conspiradores sí hubo serios intentos para conseguir medios militares, bien para el golpe o para lidiar con sus consecuencias. Aunque ésto no fue negado por los vencedores (los testimonios de algunos de los protagonistas a tal efecto son, simplemente, abrumadores), existían considerables brumas sobre la identidad y alcance de dichos esfuerzos.

Una buena parte de la investigación de origen se dedicó, pues, a delimitar esos contactos y encontró que hundían sus raíces en una colaboración, hasta entonces poco conocida, de carácter técnico-militar desarrollada entre el régimen primorriverista y los círculos revisionistas de la Reichswehr durante la República de Weimar.

Lo relevante es que en esta colaboración se anudaron contactos y conocimientos personales de muy variado tono, algunos de los cuales fueron movilizados en la marcha hacia el 18 de julio: espías, representantes de las firmas de armamento y agentes de influencia. El protagonista indiscutido por el lado alemán fue un capitán de corbeta entonces escasamente famoso pero llamado a pasar a la historia, Wilhelm Canaris. De paso también contribuyó a expandir en la península el servicio de información. Canaris, jefe del servicio de inteligencia militar (Abwehr) en el verano de 1936, era el mando alemán que mejor conocía España y sus élites políticas, económicas y militares, sobre todo en las filas conservadoras. Detrás de él se movía un denso aparato de observadores y agentes. Varios de entre ellos están identificados.

Muchas de las exploraciones efectuadas para obtener apoyo alemán en forma de material de guerra fueron dirigidas por Mola (Sanjurjo) y se saldaron con un fracaso absoluto.

Francisco Franco, desde Tetuán, aprovechó otra vía, que por primera vez en la literatura se detalló en la investigación de origen y está ya incorporada al acervo de conocimientos sobre el período. Apeló directamente a Hitler y tuvo suerte.

Por qué Hitler respondió de forma positiva estaba —y continúa— abierto a la especulación. Mucha de la literatura, y sobre todo la de inspiración comunista, había enfatizado la significación del factor económico. Para someter a contraste tal hipótesis, una parte importante de la investigación se dedicó a dilucidar el tenor de las relaciones comerciales hispano-alemanas durante los años republicanos. Los resultados no fueron favorables a dicha tesis: las relaciones comerciales estaban en plena expansión y armonizaban los intereses de ambos países. A mayor abundamiento se desarrollaban sin implicar la utilización de divisas libres, de las que el Tercer Reich sufría una aguda y bien conocida carencia en los comienzos del rearme. No había razón para que Hitler interviniese por razones económicas. Yo dí la primacía a una visión estratégica, ligada a los planteamientos ideológicos del Führer, para sentar las bases desde las cuales aspirar a la consecución de la hegemonía continental.

La investigación se escribió con voluntad científica. Los historiadores piensan en términos abstractos tales como procesos, coyunturas, hechos. Pero la forma y manera en que aplican esos conceptos al trabajo concreto, siguiendo una metodología y hermeneútica apropiadas, determinan en buena medida la calidad de los resultados.

No se subrayará lo suficiente que escribir en historia contemporánea (casi del tiempo presente, por utilizar una terminología francesa ya acuñada) implica incurrir en riesgos, que se acentúan cuando el investigador se adentra por dimensiones no desbrozadas previamente.

Tal afirmación es fácil de argumentar. El abanico de pruebas nunca es estático. Con frecuencia aparecen nuevas fuentes (como ocurre en el caso de la presente obra en ciertos aspectos de gran importancia). Otras, que se daban por perdidas, resultan no serlo. Mucha información se revela, con el paso del tiempo, más superficial de lo que hubiera podido creerse previamente.

Es un principio axiomático que, en investigación de punta sobre temas de la contemporaneidad, no se escribe historia definitiva. Cómo una investigación resista el paso de los años y a la crítica posterior mostrará hasta qué punto el autor se habrá atenido a normas y comportamientos científicos.

Ello es así porque un trabajo de historia será científico en la medida en que llegue a conclusiones, siempre provisionales, que puedan ser objeto de verificación y de refutación interpersonales. Como ha afirmado Thomas Nipperdey, «los historiadores pertenecen a la *scientific community*. Esto significa que las afirmaciones que hacen como tales historiadores son afirmaciones científicas. No son subjetivas. No son, simplemente, convicciones u opiniones. Pretenden ser objetivas, es decir,

contener verdad sobre el pasado. Son afirmaciones comprobables, verificables, comunicables» [1].

Un contemporaneísta de talante y vocación científicos es un historiador especialmente abierto y atento a la crítica de la comunidad científica. Para que sus conclusiones sean algo más que historia provisional deben, en efecto, ser validadas, deben pasar la prueba de fuego de la confrontación con un abanico cada vez más amplio de fuentes, en la medida en que éstas vayan abriéndose o resultando disponibles. Y su obra tendrá mayor densidad científica en la medida en que mejor soporte el paso del tiempo, la comparación con trabajos ulteriores, la crítica intersubjetiva y el mayor alejamiento con respecto a los hechos, que evidentemente afina el sentido para la percepción de procesos, continuidades y discontinuidades.

Desde esta perspectiva, quizá discutible, a pesar del tiempo transcurrido desde la investigación de origen, las tesis que en su día aportó continúan estando vigentes y no han sido invalidadas en lo fundamental. La interpretación realizada debió ser lo suficientemente correcta como para resistir al desgaste del tiempo y a la crítica científica en varios idiomas.

Naturalmente me agrada que mis tesis, directa o indirectamente, incluso vía plagios, se hayan incorporado al acervo de conocimientos sobre el período y que la obra original se haya convertido en una referencia bibliográfica. Pero también hubiera sido feliz si mis tesis hubiesen sido invalidadas: ello habría mostrado un neto progreso en este campo de la historiografía. El presente libro, en cualquier caso, trata de demostrar que ese progreso es posible e invalida algunas de las tesis a nivel microhistórico que yo mismo había desarrollado.

El que haya vuelto de nuevo al tema se debe a dos razones.

En primer lugar, porque el trabajo original ha estado agotado durante muchos años. Y, sin embargo, se le sigue citando no sólo en libros sobre historia contemporánea de España o de la Guerra Civil sino también en obras generales. Una buena prueba de ello puede ser, por ejemplo, el caso de la historia de España debida al eminente hispanista francés profesor Joseph Perez.

En segundo lugar, porque, a finales de siglo, es posible cerrar mejor el argumento que se desarrolló hace más de veinte años. Han aparecido fuentes e informaciones adicionales, de archivo y otras, tanto en cuanto al tema directo como sobre el entorno que lo circunda. La apertura de algunos archivos españoles, en particular los del Ministerio de Asuntos Exteriores, debida a Fernando Morán y a Francisco Fernández Ordóñez, ha generado nuevas posibilidades.

[1] Véase su estimulante artículo «Kann Geschichte objektiv sein?», en *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, núm. 6, 1979, p. 329.

Este trabajo incorpora los resultados de la investigación más reciente, tanto española como extranjera, al menos en la medida en que me ha sido posible localizarlos. Las tesis esenciales se mantienen, sí, pero con enriquecimientos, complicaciones —lamentablemente— y pistas adicionales muy sugestivas que hacen de este libro, en muchos aspectos, una obra nueva.

La importantísima cooperación militar hispano-alemana bajo la dictadura primorriverista, que Díaz Morlán ha situado en su contexto económico por el lado español, y Remmele ha prolongado por el alemán, se ve ahora ampliada a lo que fue uno de sus lubricantes fundamentales: los contactos previos entre las autoridades españolas y de la Reichswehr para obtener gases tóxicos que utilizar en las campañas del Rif.

Los fundamentales descubrimientos de Kunz y Müller, que datan ya de diez años atrás, no han penetrado en la literatura española aunque sí lo han hecho ya en la marroquí. Mientras que en Italia las controversias sobre el uso de gases en Etiopía han hecho furor (si bien el reconocimiento oficial del mismo por parte del Estado italiano se remonta sólo a 1996), no se ha destacado en España que el Gobierno de Madrid fuese uno de los primeros en aplicar armas químicas para aplastar una revuelta nacionalista. En ello se adelantó incluso a las operaciones italianas en Libia, pero fue por detrás del Reino Unido. Es cierto que, desde 1999, gracias a los trabajos de Pando, han aflorado algunos documentos españoles que han empezado a colmar las lagunas del conocimiento. En este libro se ofrece un tratamiento bastante más completo e integrado, al menos en sus rasgos fundamentales.

Es, en efecto, sólo la punta de un iceberg que otros autores, como Balfour y Delaunay están explorando. La desclasificación de numerosos documentos británicos permitirá comprobar que tales actuaciones no pasaban desapercibidas. La interceptación sistemática, por parte francesa, de comunicaciones españolas cifradas también lo demuestra. Pero la literatura española todavía no lo ha recepcionado.

El empleo de gases tóxicos no podía resultar desconocido para la alta oficialidad del Ejército de África. No en vano se utilizaron con fines estratégicos y tácticos. En el apartado correspondiente aparecen identificados personajes como Millán Astray, Kindelán, Sanjurjo o Martínez Anido, entre otros. Las experiencias coloniales con gases podrían no haber sido ajenas a la solicitud planteada por Franco a Italia en agosto de 1936, y renovada en enero y febrero de 1937, para conseguir armas químicas.

Otro aspecto novedoso en la presente obra es la revalorización del papel que hay que atribuir al teniente coronel Juan Beigbeder y Atienza, quien acompañó al general Sanjurjo en su famosa visita a Alemania en 1936. Al-

guien debería estudiar detenidamente los despachos de Beigbeder desde Berlín, en donde había sido agregado militar durante muchos años, para identificar claves posibles, en el supuesto de que no hayan sido destruidos.

Aunque todo sigue haciendo pensar que el viaje no tuvo éxito, no es menos cierto que la participación de Beigbeder abre nuevas perspectivas de interpretación a las gestiones impulsadas por Franco, desde Tetuán, para obtener ayuda alemana. Hay una biografía de Beigbeder en preparación. Sería de desear que aclarase éstos, entre otros puntos todavía bastante oscuros. Pero Beigbeder, como alguno de los personajes que aparece en estas páginas, quizá no haya sido inmune a una cierta mitomanía. Es deber del historiador analizar críticamente toda la evidencia disponible y emitir con la mayor objetividad su veredicto, siempre provisional.

En 1974, se detallaron las circunstancias en las cuales el SOS de Franco llegó a Hitler. Dichas circunstancias se identificaron a través de un análisis cuidadoso de la evidencia documental disponible y, sobre todo, de los recuerdos de Johannes E. F. Bernhardt, uno de los emisarios de quien era entonces un mero general sublevado contra su Gobierno.

Posteriormente, Herr Bernhardt continuó desgranando sus recuerdos embellecidos y adornados de manera tal que, en mi opinión, perdían credibilidad. En este libro se ha tendido un gran interrogante sobre una parte, al menos, de las reminiscencias de aquel protagonista y se ha esbozado un nuevo escenario que, en aspectos importantes, se contrapone al aceptado ya en la literatura, incluso la más reciente como recoge por ejemplo el segundo volumen de la fundamental biografía de Hitler, debida a Ian Kershaw.

No es fácil, por supuesto, invalidar afirmaciones sobre el proceso concreto que llevó a la reunión de Bayreuth, cuando ya no quedan supervivientes. Sin embargo, algo puede hacerse para contrastar las efectuadas por Herr Bernhardt. Una de las más sobresalientes describió cómo los emisarios de Franco llegaron a entrevistarse con Rudolf Hess, lugarteniente del Führer y, como se sabe desde hace mucho tiempo, la llave que abrió la puerta a la entrevista con Hitler. Confieso con cierto rubor que me dejé llevar por las aseveraciones de Bernhardt, que encajaban en la lógica situacional, en la dinámica política de las estructuras administrativas del Tercer Reich y que no se contraponían a ningún documento de la época. Otros muchos autores, y singularmente los alemanes, se han basado en este tipo de afirmaciones, sobre todo cuando un historiador de tal nacionalidad las expandió, y publicó posteriormente, autorizado por Bernhardt. Todo ello hay que revisarlo y cribarlo críticamente.

En este libro, con nueva evidencia documental procedente de archivos españoles, amparada por la prensa alemana local de la época, se ha sometido

a contraste la versión de Bernhardt que hoy me resulta muy dudosa. En ausencia de nueva documentación corroborativa, he de declararme impotente para realizar más progresos. En papeles personales —o en documentación conservada en archivos oficiales y todavía no localizada— se encuentran futuras claves. El texto ofrece pistas, que no me ha sido dado explorar, con la esperanza de que quizá algún otro investigador las desentrañe.

Este reconocimiento de la incapacidad de progresar más allá de cierto límite es el tributo que paga, con agrado, todo contemporaneísta que se precie. En cualquier caso, una cosa está clara: en este caso, los «apuntes» posteriores del general Franco no tienen valor histórico. Las razones por las cuales hiciera intervenir a los mensajeros de la divina providencia, en la forma del Ángel de la Guarda, son oscuras.

Finalmente, a veces los árboles no dejan ver el bosque. Durante casi cincuenta años historiadores, periodistas y escritores de una docena de nacionalidades se han basado en un documento publicado entre los capturados por los aliados procedentes de la Wilhelmstrasse, para afirmar el papel de Canaris en la reunión de Bayreuth. En este libro, por primera vez que yo sepa, se descubre el «huevo de Colón». El documento contiene un error fáctico en cuanto al rango de un mariscal. ¿Por qué el autor no se equivocaría al mencionar la presencia de un «almirante», en quien la literatura se empeña en divisar a Canaris?

En esta obra me he esforzado en atenerme a uno de los *desiderata* de François-Marie Arouet, más conocido por Voltaire: «Hay que tener respeto para con los vivos. A los muertos les debemos sólo una cosa: la verdad».

Los motivos de Hitler para atender la petición de Franco siguen siendo objeto de especulación. Este trabajo no se sitúa en la estela de los grandes hombres *à la Carlyle*, benéficos o execrables, héroes o demonios. Pero aun así cuesta trabajo pensar que sin la decisión personal y autónoma de Hitler del 25 de julio de 1936 la intervención alemana pudiera haberse configurado como lo hizo, contribuyendo a alterar el equilibrio estratégico y el balance de fuerzas en la lejana España.

Los hombres actúan dentro de estructuras y procesos dados pero ni éstos ni aquéllas hacen la historia. Los hombres, sí. No es irrelevante dilucidar cuáles pudieran ser los motivos de Hitler para atender el SOS de Franco y en qué circunstancias precisas lo hizo. Desde luego, numerosos son los autores que siguen especulando sobre unos y otras. En este libro se ha aspirado a introducir tales motivos, y la acción del Führer, dentro de una estructura relacional de contornos estrictamente documentados. También ha sido posible progresar en la interpretación analítica.

Las investigaciones de Martens y las brillantes síntesis de Overy han arrojado luz adicional sobre el contexto. Hoy es más fácil ver con qué rapidez, y en qué marco preciso, Hermann Göring, el hombre clave del Tercer Reich de cara a España, puso sobre la mesa el tema de las contraprestaciones económicas, uno de los talones de Aquiles del bando franquista. Por otra parte, se ha refinado el aspecto estratégico e ideológico de la decisión. Ello no obstante, subsisten zonas de penumbra en las que demasiados autores todavía se mueven como peces en el agua, sin demasiadas preocupaciones.

La investigación de origen ha sido revisada, página a página, con el cuidado de no exagerar la racionalidad *a posteriori* de las acciones con las que políticos, diplomáticos, militares y espías bregaron ante lo desconocido o ante la dificultad de comprender adecuadamente realidades foráneas.

Sin embargo, no me he sustraído a la tentación de continuar citando *in extenso* despachos, informes y telegramas en los que se traduce la percepción que de España y de los españoles tenían los observadores alemanes de la época. En la Guerra Civil los núcleos germanos tradicionalmente asentados en España sufrieron enormes convulsiones. Llegaron muchos nuevos, de Alemania y del partido nacional-socialista, quienes en las condiciones del conflicto dieron pie a todo tipo de choques culturales.

Ha habido eliminaciones. Ha caído víctima de una poda inmisericorde el apéndice documental. En su momento sirvió para apuntalar ciertas afirmaciones del texto que iban en contra de conocimientos generalmente aceptados. Hoy no es necesario. También han desaparecido incursiones en temas colaterales, como la diferencia entre los vínculos exteriores de la conspiración con Italia o la financiación fascista de José Antonio Primo de Rivera. Tras la soberbia investigación de Ismael Saz no tengo nada que añadir.

El aparato de referencias críticas ha desaparecido, salvo en algunos casos nuevos y muy contados, representativos de la persistencia de viejas concepciones. Quien desee tener una idea del tipo de interpretaciones con las que la investigación original tuvo que lidiar habrá de remontarse a las versiones anteriores. La idea ha estribado en facilitar la lectura, a lo cual quizá contribuya un índice detallado, onomástico y analítico.

El abanico de fuentes secundarias se mantiene, ya que es un reflejo de la literatura consultada en su momento. Se han añadido, eso sí, muchos títulos nuevos que han permitido situar la obra en el contexto más reciente de la historiografía.

La máxima del gran historiador decimonónico Leopold von Ranke de que la historia muestra *wie es eigentlich gewesen* (como fue en el fondo) no es algo a lo que muchos autores de nuestra época acudan explícitamente como

principio epistemológico. Para cierto tipo de trabajos no ha perdido su fuerza. Exige ir a la raíz de los fenómenos y poner al descubierto los procesos profundos que han configurado una realidad, es decir, a interrogarse sobre la dinámica del devenir y las fuerzas que lo impulsan [2].

La historia, obviamente, no consiste en acumular datos. Requiere un esfuerzo de interpretación y de teorización, pero no es pensable sin un sólido asentamiento en hechos, los evidentes y los que sólo se revelan en la penetración y el análisis.

Descartando toda exageración positivista, este libro se atiene a la máxima rankiana y sólo se permite plantear algunas preguntas que apuntan a posibles escenarios contrafactuales, tan popularizados por autores como Niall Ferguson.

Esta obra aborda sólo limitadamente el papel del Tercer Reich en el período de la Guerra Civil. Otras ya lo han hecho, con mayor o menor bondad. Debo, en este aspecto, destacar las aportaciones de Merkes (que se remontan a los años sesenta) y de Abendroth, casi coetánea con mi investigación de origen, pero, y sobre todo, la muy posterior obra de Whealey, el primer trabajo global que integra documentación española con la alemana y de otras procedencias.

El libro de Leitz sobre aspectos económicos de las relaciones bilaterales aporta una contribución muy importante para el período 1936-1945. No menos significativo es el trabajo de García Pérez, sobre la conexión económica bilateral, para los años de la Segunda Guerra Mundial.

Las relaciones hispano-alemanas entre 1936 y 1945 han sido muy estudiadas y son, entre las bilaterales de España en el pasado reciente, las que probablemente han generado una mayor densidad historiográfica. La obra de Collado Seidel demuestra, sin embargo, cómo quedaban todavía zonas importantes por explorar.

Este libro, aun centrándose en el período 1921-1936, se inserta en una perspectiva de período amplio, adentrándose, quizá con más audacia que la necesaria, por el piélago proceloso de los años 1936-1960. Si gases tóxicos y actividades encubiertas están de alguna manera en la base de la estructura general de las relaciones bilaterales de antes de la Guerra Civil, los soldados en alianza y un elemento explotador son lo más novedoso que aparecerá en ellas tras la decisión del dictador alemán.

[2] Véase Michael-Joachim Zemlin, «"Zeigen, wie es eigentlich gewesen". Zur Deutung eines berühmten Rankewortes», en *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht,* núm. 6, 1986. Sobre sus posibilidades, véase el apasionante análisis de Richard J. Evans, *In defense of History,* W. W. Norton, Nueva York, 1999, pp. 14-17 y 66.

La convergencia de intereses —de Franco en ganar la guerra con apoyo nazi-fascista, de Hitler en no dejar que la perdiera— no debe ocultar que una de las tres funciones esenciales a que se atuvieron tales relaciones —la de suministro de materias primas y productos interesantes para la economía alemana— cambió radicalmente de orientación a partir de 1936.

La síntesis final pretende insertar en el largo período los elementos esenciales que estructuran la obra. Pero no sigue la misma tónica de minuciosidad y de apelación a las fuentes primarias, aunque éstas tampoco falten. En cualquier caso, aborda un problema fundamental: en la Guerra Civil Hitler ayudó a Franco, como en los años de la Segunda Guerra Mundial, Franco ayudó a Hitler. Esta ayuda es innegable en numerosas dimensiones. En el último capítulo se abordan varias, que no han recibido hasta ahora demasiada atención en la literatura española y que apenas si se mencionan en las sesgadas obras de alguno de los protagonistas como Ramón Serrano Súñer. No hemos entrado en el tema específico de la «División Azul».

El tratamiento seguido choca también con las interesadas interpretaciones pro-franquistas, que aun pululan en cierta literatura, que disminuyen las consecuencias de la infiltración pro-nazi en el aparato del Estado sobre la orientación del régimen contra las potencias democráticas.

La síntesis es, en consecuencia, un intento de esbozar una interpretación analítica, con un enfoque centrado en las pautas básicas de la alineación franquista *contra* los aliados occidentales. Su carácter incitativo es algo que desearía subrayar muy particularmente. Y ello, porque existe margen para futuras investigaciones. Su amplitud dependerá en parte de la mayor accesibilidad de fuentes españolas, donde todavía queda un largo trecho por recorrer.

Para el terreno, más trillado, de la Guerra Civil quien estas líneas escribe no sabe con seguridad lo que ha ocurrido con la gran masa de la documentación militar relacionada con la intervención alemana (de los «negrillos», según la denominación interna).

Algunos datos del Archivo Militar de Ávila hacen pensar que esta documentación, que había sido remesada al Servicio Histórico Militar (SHM), fue transferida al Ministerio del Ejército. Los catálogos de los Archivos Generales Militares sólo identifican unos míseros legajos sobre tal temática. Ignoro, ciertamente, qué habrá sido de aquélla desde junio de 1944.

Por otro lado, y como es notorio, los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores están muy esquilmados para el período de la Guerra Civil. Menos conocido es que no hay demasiados fondos para el mandato de Beigbeder y que los archivos son casi mudos para la etapa de Ramón Serrano Súñer, vital en las relaciones hispano-alemanas. Según rumores con cierto grado de fia-

bilidad, una parte de los legajos correspondientes a tal etapa se encontraba, en los años setenta, a buen recaudo en Suiza.

Nadie, que yo sepa, ha publicado nada tras entrar en los archivos del Alto Estado Mayor, esenciales para alumbrar, entre otras, las actividades de inteligencia y contraespionaje tras la Guerra Civil. No proliferan las investigaciones basadas en los fondos de los Ministerios militares durante la larga etapa del franquismo. Es improbable que en ellos no se encuentren claves esenciales para alumbrar más y mejor nuestro conocimiento del pasado régimen. Cuando alguien, como Goda, intentó consultar los fondos del SHM relacionados con el Ejército de África en los años de la Segunda Guerra Mundial se le dijo que no los había.

Conociendo, sin embargo, que los servicios de inteligencia británicos penetraron algunas de las claves de las comunicaciones españolas en fecha temprana del segundo conflicto mundial, es de esperar que alguien indague en los archivos londinenses en los mensajes interceptados que, si no han sido destruidos, estarán clamando para que se les introduzca en la historia.

Esta obra aparece cuando una nueva generación de historiadores, generalmente españoles, ha asumido la batuta en la investigación sobre la Guerra Civil y la posguerra. Nuevos enfoques (de género), nuevos temas (la represión, las condiciones sociales de la retaguardia, el impacto sobre colectividades locales), nuevos tratamientos (combinando aportaciones de historia estructural con la de índole política y narrativa) y nuevos ángulos de ataque (generalmente interdisciplinarios) han conducido a una proliferación de brillantes análisis y de desbrozamientos de gran calado.

Ya no es necesario acudir a autores extranjeros para estar al día de los avances historiográficos en temas relacionados con la Guerra Civil. Pero, naturalmente, la interacción y polinización continúan siendo necesarias. Esta obra lo demuestra, creo, ampliamente.

Con todo, aun humean rescoldos de algunas de las tesis esenciales de las interpretaciones generadas bajo el régimen del general Franco. Una de ellas es que, en la Guerra Civil y en la posguerra, no fue nunca un socio genuino de las potencias fascistas.

En estas interpretaciones el nexo con la Alemania nazi (el país que más y mejor se aprovechó del conflicto) y con la Italia fascista fue básicamente circunstancial, de compromiso. El comienzo de la invalidación de esta tesis no es de ayer: se remonta a cerca de cuarenta años atrás y valió a su autor, Herbert R. Southworth, fallecido en 1999, ser arrastrado por el fango en buena parte de la «literatura» franquista. Tampoco faltan en ésta ataques *ad personam* a quienes hemos osado acercarnos críticamente al nexo nazi-fascista y resaltado su papel en la Guerra Civil y la posguerra.

Frente a ese tipo de planteamientos, quien estas líneas escribe se siente confortado por la afirmación de la gran novelista sudafricana, y denodada luchadora contra un régimen de vergüenza como fue el del *apartheid* (que también tuvo sus valedores intelectuales), Nadine Gordimer: «La verdad no siempre es bella, su búsqueda sí lo es». Confío en que este libro así lo demuestre.

En la sección de agradecimientos he de recordar lo mucho que debo al estímulo de varias personas, que despertaron mi vocación por la cátedra: los profesores Fabián Estapé, Enrique Fuentes Quintana, José Mariano López-Cepero, Rafael Martínez Cortiña, José Luis Sampedro y Manuel Varela Parache. Sin ellos, mi vida profesional hubiese ido por otros derroteros. A su benéfica influencia hay que atribuir que no haya carecido de una dimensión investigadora.

Desde que empecé a escribir sobre temas de historia contemporánea he absorbido innumerables aportaciones de numerosos colegas y con muchos de entre ellos he hecho cosas juntos. En primer lugar debo mencionar a quienes me acompañaron en la penetración intelectual de la política comercial (y económica) exterior del franquismo: Fernando Eguidazu, el hoy embajador Senén Florensa, Julio Viñuela y Carlos Fernández Pulgar, tan prematura como trágicamente perdido.

Con otros trabajé en lo que fue quizá la más ambiciosa serie de televisión nunca hecha sobre la Guerra Civil: entre ellos Josep Benet, Gregori Mir y los profesores Antonio María Calero, Gabriel Cardona, Alfons Cucó, José Manuel Cuenca, Fernando Fernández Bastarreche, Fernando García de Cortázar, Alberto Reig Tapia, y Manuel Tuñón de Lara, bajo la batuta de Ricardo Blasco y Pascual Cervera. Por desgracia, ni Antonio ni Manuel están ya con nosotros.

También me han ligado fuertes lazos de cooperación, en obras colectivas, con profesores tales como Julio Aróstegui, Walther B. Bernecker, Sebastian Balfour, Martin Blinkhorn, Teodoro Flores, Fernando García de Cortázar, Gabriel Jackson, Christian Leitz, Edward Malefakis, Ricardo Miralles, de nuevo con el por siempre añorado Manuel Tuñón de Lara y Javier Tusell.

Asimismo, sería injusto ignorar a los profesores Sir Raymond Carr, Manuel Espadas Burgos, José Luis de la Granja, Juan Marichal, Stanley G. Payne, Manuel Pérez Ledesma, Ismael Saz, Denis Smyth, Solita Salinas, Nicolás Sánchez-Albornoz y Robert H. Whealey, al inolvidable Herbert R. Southworth, al general Ramón Salas Larrazábal, gran caballero, y a Lord Thomas de Swynnerton.

Sin embargo, en lo que se refiere a esta obra específicamente he de reconocer una gratitud inmensa con varios investigadores. Con el Dr. Carlos Collado Seidel, quien con extrema amabilidad me proporcionó el documento enviado al Jefe del Estado en 1946 por el ex cónsul general

alemán en Bilbao que solidificó mis propias dudas acerca de las sucesivas versiones transmitidas por Herr Bernhardt a lo largo del tiempo. También me ha ayudado en el seguimiento de algunas de las pistas que abre tal documento y de cara al esbozo que se hace en el último capítulo sobre las secuelas del hundimiento del Tercer Reich en las relaciones hispano-alemanas al final del segundo conflicto mundial.

Con el profesor Jean-Marc Delaunay, catedrático de la Universidad de París III (la nueva Sorbona), autor entre muchas obras de un monumental estudio sobre las relaciones hispano-francesas antes de la Gran Guerra, y que ahora continúa para el período 1914-1927.

Con el profesor Sebastian Balfour, de la London School of Economics, cuyos trabajos sobre la condición obrera en el régimen de Franco abrieron nuevas perspectivas pero que, después de su análisis sobre el final del imperio, está abordando varias facetas de los instrumentos militares de España, entre ellas el Ejército de África y su guerra química contra las cabilas.

Y, no en último término, con Morten Heiberg, *research fellow* de la Universidad de Copenhague, que estudia con un entusiasmo inmenso y un envidiable aporte documental nuevo las relaciones hispano-italianas en el período 1936-1943.

Todos ellos han tenido la bondad de prestarme documentos de gran relieve para sus propias investigaciones y de ayudarme a perfilar mejor mis propias interpretaciones: un ejemplo magnífico de compañerismo académico en acción.

Finalmente, Helen Boreland me advirtió de las experiencias británicas con gases en Mesopotamia (Iraq) e Ignacio Rupérez compartió amablemente su inmenso conocimiento de tal país.

El profesor Víctor Morales Lezcano, uno de nuestros mejores expertos en la historia del Protectorado, y la profesora Adela Rodríguez, catedrática de Química Analítica, han revisado críticamente una primera versión del apartado sobre el empleo de gases tóxicos en el Rif. Arturo García Arroyo y Luis Mínguez redactaron para un profano unas consideraciones sobre el gas mostaza (iperita) y el fosgeno. El profesor Walther Bernecker, pilar de los estudios sobre España en la Universidad alemana, llamó mi atención sobre títulos y artículos que podrían ser de utilidad.

Naturalmente sólo yo soy responsable de los errores que aun subsistan —que subsistirán— y de las interpretaciones que esta versión contiene.

Con todo, el profesor Paul Preston ha sido siempre una particular fuente de acicate y optimismo, sobre todo en los momentos difíciles. La historiografía española tiene contraída con él una notable deuda de gratitud. Desde su cátedra en la London School of Economics and Political Science y desde

la Fundación Cañada-Blanca de esta prestigiosa institución, Paul Preston se inserta en una larga línea de eminentes hispanistas británicos gracias a los cuales los españoles hemos aprendido dimensiones esenciales de nuestro pasado colectivo, próximo y remoto. A esta deuda genérica he de añadir otra de carácter personal, para la que no encuentro fácilmente palabras.

En este capítulo de agradecimientos deseo hacer constar los que debo a los Archivos Federales alemanes y al Archivo Político del Ministerio de Negocios Extranjeros por su amable autorización para publicar fotografías de gran interés y la mayor parte prácticamente desconocidas. Las señoras Geilen, Keipert y Stach y los señores Fehlauer, Lamontain y Kischkowski han atendido con gran cortesía mis, cada vez más urgentes, demandas. El profesor Ignacio Sotelo y su familia toleraron amablemente mis asaltos a su proverbial hospitalidad en Berlín.

Finalmente, no deseo olvidar a algunos periodistas y editores gracias a los cuales, o en sus publicaciones, a veces ya desaparecidas, pude difundir tesis que emanaban de la investigación de origen. Quisiera citar, como muestra representativa, a Miguel Angel Aguilar, César Alonso de los Ríos (*La Calle*), Juan Luis Cebrián (*El País*), José Luis Gutiérrez (*Gentleman*, *Diario 16*), Eduardo Haro Tecglen (*Tiempo de Historia*), Walter Haubrich (*Frankfurter Allgemeine Zeitung*), Javier de Juan (Urbión), Juan Kindelán (*Actualidad Económica*), Manu Leguineche (Colpisa), José Antonio Martínez Soler (*Historia Internacional*), Stanley G. Meisler (*Los Angeles Times*), José Oneto (*Cambio 16*), Jesús Pardo (*Historia 16*), Javier Pradera (*El País*), María Ruíperez (*Tiempo de Historia*), David Solar (*Historia 16*), Daniel Sueiro, quien por desgracia ya no está entre nosotros, y Ana Westley (*The New York Times*).

He de presentar mis excusas a todos los no mencionados por su nombre: en casi treinta años de vida académica y profesional se contraen, simplemente, demasiadas deudas intelectuales. Pero, aunque ya no lean estas líneas, un emocionado recuerdo corresponde al profesor Rafael de Juan, catedrático que fue de la Universidad del País Vasco, y a su esposa, Carmen Olalde, profesora que fue también de la misma, así como a José Antonio Piera Labra, técnico comercial del Estado y profesor que fue de la Universidad de Madrid. En paráfrasis de Dylan Thomas, la muerte no los dominará. Tampoco el transcurso del tiempo diluirá en mí su memoria.

Esta versión debe mucho a la confianza que en ella depositaron el profesor Juan Pro Ruiz (Universidad Autónoma de Madrid) y Andrés Laína. El que ambos estuvieran dispuestos a recuperar un clásico de Alianza Universidad emociona al autor. Mi agradecimiento va igualmente a Cristina Castrillo, de Grupo Anaya, por el cuidado inmenso puesto en la presente edición.

Y, como siempre, al equipo de Marcial Pons, con Carlos Pascual del Pino y Luis Domínguez, que ha hecho siempre milagros para enviarme, en tiempo récord y a lugares lejanos, decenas de libros.

Este trabajo está dedicado a Helen Boreland y a nuestros hijos, Laura y Daniel. Los tres han visto puestas a prueba su paciencia y comprensión en un contexto en el que el tiempo libre es escaso y, por ende, precioso. Que esposa e hijos, crecidos en una cultura muy diferente de la alemana o la española, hayan aguantado durante tanto tiempo lo que, en último término, ha sido un viaje hacia la oscuridad del Tercer Reich y la España imperial y autárquica, es algo que ha rebasado ampliamente toda mi capacidad de admiración y cariño.

Los versos de T. S. Eliot que acompañan la dedicatoria están tomados de *Gerontium*. Reflejan el lento avanzar en años, como también una cierta visión de la memoria histórica. Tras una larga exposición a la cultura anglosajona, no puedo por menos de pensar que son una buena presentación para, al menos, una parte del argumento que se desarrolla en las páginas siguientes.

Marzo de 2001

CAPÍTULO 1

EL TELÓN DE FONDO: ESPÍAS, GASES Y ARMAMENTOS

En el escrutinio al que la investigación internacional ha sometido los orígenes y antecedentes de la intervención de Hitler en la Guerra Civil española, una de las posiciones más avanzadas fue la expuesta por uno de los grandes conocedores de la política exterior alemana del período y de los documentos procedentes de los archivos del Tercer Reich.

Gerhard L. Weinberg se refirió al tema como sigue:

> Desde hacía tiempo algunas firmas alemanas habían estado interesadas en vender armas a España. De mayor importancia, sin embargo, a causa de los contactos desarrollados, fueron los intentos de incluir material militar alemán en la balanza comercial hispano-alemana en el año que precedió a la Guerra Civil. Los esfuerzos de elementos derechistas dentro de la coalición que gobernaba España para utilizar con fines propios determinados contactos con suministradores alemanes de armas coincidieron con el interés alemán en efectuar exportaciones de armamentos. Nada concreto resultó de estos planes, pero, en el curso de los intentos por llevarlos a la práctica, el entonces jefe del Estado Mayor Central, general Francisco Franco, desarrolló —si es que ya no lo tenía— un gran interés en adquirir armamento alemán para el Ejército español. No sólo estuvo Franco implicado personalmente en las negociaciones (durante las cuales se enviaron oficiales

> españoles a Berlín), sino que, posteriormente, también se produjeron otros contactos de naturaleza menos formal y oficial que todavía se encuentran envueltos en dudas a falta de la documentación adecuada. La importancia de estos contactos radica en el hecho de que tuvieron lugar en el período comprendido entre las elecciones del 18 de febrero en España y el alzamiento militar del 17 de julio de 1936 [1].

En el presente trabajo se tratará de destacar la naturaleza precisa y la extensión de tales gestiones, precisando, rectificando y ampliando, en el correspondiente contexto, las afirmaciones del conocido historiador norteamericano.

Ahora bien, incluso para comprender este tipo de contactos, es preciso realizar una apertura de brecha hacia atrás. Los de 1935-1936 se producirían sobre la experiencia de unas relaciones previas protagonizadas por una serie de personas que, en parte, aflorarían de cara al golpe militar.

Esta obra se inicia, pues, analizando un tipo de relaciones que atravesarían por dos etapas perfectamente diferenciables: durante la Dictadura se puso en marcha una cooperación técnica en el ámbito naval y, en otros campos. Subrepticiamente, el que después sería famoso almirante Canaris expandía las bases del servicio alemán de inteligencia en España.

Ahora bien, nada de lo que antecede es hoy comprensible sin tener en cuenta otro tipo de relaciones supersecretas cuyo origen se encuentra nada menos que en 1918. Las destinadas a proporcionar gases tóxicos a las fuerzas armadas españolas para que las utilizasen contra las cabilas rifeñas en las crueles campañas marroquíes.

En los primeros años de la República se cancelaron las relaciones encubiertas con la Reichswehr pero poco después el gobierno radical-cedista intentaría adquirir en Alemania material bélico en grandes cantidades. Con la conspiración ya en marcha, el general Sanjurjo no dudaría, tras un misterioso viaje a Berlín, en recurrir a parte de los contactos establecidos en la década precedente.

Revisionismo en Weimar

Como es bien sabido, el Tratado de Versalles de 29 de junio de 1919 pretendía liquidar a Alemania como potencia militar: se restringían las fuerzas del Ejército a un tope de 100.000 hombres con un máximo de 4.000 oficiales, y las de la Marina a 15.000 hombres con un número máximo de 1.500

[1] Véase su brillante obra *The Foreign Policy of Hitler's Germany. Diplomatic Revolution in Europe, 1933-1936,* University of Chicago Press, Chicago, 1970, p. 285.

oficiales; se prohibían la formación de reservas, la realización de preparativos de movilización, las armas químicas, la aviación, la artillería pesada, la construcción de submarinos, el gran Estado Mayor, el servicio de inteligencia militar y la importación y exportación de material de guerra; se imponía una rigurosa contingentación de las armas permitidas y de su municionamiento y se limitaba la industria bélica [2].

La existencia de fuertes tendencias revisionistas, la debilidad de los dirigentes ante los círculos militares y el desorbitado papel que correspondió a éstos permiten hablar, para aquel momento y para aquella situación, de la

> inevitabilidad de que Alemania se deshiciera de las trabas a su soberanía ligadas al Tratado de Versalles... El desarme unilateral del Reich tenía a la larga que ser insostenible y desde un primer momento se vio claro que Berlín solicitaría el desarme de las restantes potencias... o tendería a incrementar las dimensiones de sus fuerzas armadas [3].

Si bien el rearme alemán se mantuvo dentro de límites muy modestos en la década de los veinte, lo que importa destacar aquí es que, constreñida la industria bélica en sus posibilidades de expansión y reducidas básicamente las fuerzas militares del Reich al señalado contingente de la Reichswehr, el desarrollo y experimentación de nuevas armas, el adiestramiento de personal y la adquisición de municiones se desplazaron en secreto al extranjero.

Entre los países que cooperaron en este respecto figura, por ejemplo, muy destacadamente la Unión Soviética, que, tras unos contactos iniciales, ya había solicitado en 1921 ayuda alemana para el desarrollo de su industria bélica[4]. La colaboración se centró en un primer momento en la producción industrial con fines militares, para pasar después al entrenamiento de personal y al desarrollo de armas y equipo prohibidos por el Tratado de Versalles. Así ocurrió con la aviación, la técnica de la guerra de gases y los carros de combate, aspectos todos fuera del ámbito de competencias de la Marina, que prosiguió un camino diferente al del Ejército de Tierra.

[2] Un resumen accesible se encuentra en Juan Carlos Pereira Castañares y Pedro Antonio Martínez-Lillo, *Documentos básicos sobre historia de las relaciones internacionales, 1815-1991,* Editorial Complutense, Madrid, 1995, pp. 223 y siguientes.

[3] Véanse Hermann Graml, *Europa zwischen den Kriegen,* Deutscher Taschenbuch Verlag, Munich, 1969, p. 58, y Carl Dirks/Karl-Heinz Janssen, *Der krieg der Generäle,* Propyläen, Berlín, 1999.

[4] Son básicos Helm Speidel, «Reichswehr und Rote Armee», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* enero de 1953, pp. 9-45, y Hans W. Gatzke, «Russo-German Military Collaboration During the Weimar Republic», en *The American Historical Review,* abril de 1958, pp. 565-597. La literatura posterior es muy considerable.

En el caso de España, el interés experimentador alemán discurriría básicamente por cauces como el químico y el naval, aun cuando también se darían intentos de colaborar en la producción industrial con fines militares.

En el ámbito de la Marina, el interés alemán encontró un interés paralelo en Madrid, dada la desastrosa situación de la flota, respecto a la cual los comienzos de una pequeña acción renovadora se remontaban nada menos que a los tiempos del gobierno largo de Maura, cuando el 7 de enero de 1908 las Cortes sancionaron la Ley de Escuadra, que preveía la construcción de tres acorazados, tres destructores, cuatro cañoneros y 24 torpederos. Más tarde, el 17 de septiembre de 1909, entró en vigor la conocida Ley de Comunicaciones Marítimas del 14 de junio.

La Ley Miranda de 1915 había previsto la construcción, en un período de seis años, de numerosos navíos: cuatro cruceros en grupos de a dos, seis destructores en grupos de a tres, 28 submarinos en una serie de cuatro y en cuatro grupos de a seis, tres cañoneros y 18 buques de vigilancia. El proyecto se basaba en la utilidad del crucero veloz y en el espectacular y definitivo éxito del arma submarina, como dejan ya entrever las cifras anteriores [5]. Ello no obstante, al terminar el plazo fijado, el programa distaba mucho de haberse cumplido, por lo que la Ley Cortina del 11 de enero de 1922 amplió aquél hasta que se realizara la totalidad del proyecto, fijándose una suma anual máxima de cerca de 43 millones de pesetas para tales inversiones.

En julio de 1922 se había botado ya el primer crucero, estando a punto de terminarse la construcción del segundo y se trabajaba en la de un tercero, así como en la de los tres primeros destructores (designados entonces como «Alsedo», «Velasco» y «Lazaga»). Tampoco en los otros tipos el programa había avanzado mucho: habían entrado en servicio los cuatro primeros submarinos del primer grupo («Peral», de origen norteamericano, y los «Monturiol», «Cosme García» y el «A3», de procedencia italiana), se habían flotado tres más del primer grupo de seis unidades (clase B) y estaba ya en pruebas el «B4». En enero se había botado el primer cañonero («Cánovas») y se desarrollaba la construcción de otros dos «(Canalejas» y «Eduardo Dato»). La Ley del 7 de enero de 1908 había creado, además, la Sociedad Española de Construcción Naval o, abreviadamente, Constructora Naval, «que haciéndose cargo de astilleros y arsenales, cuyo utillaje modernizaba, llevaría a término el programa naval proyectado. Luego, en 6 de febrero del 14, se con-

[5] Véase Alfredo Aguilera, *Buques de guerra españoles, 1885-1971*, 2.ª edición, Librería Editorial San Martín, Madrid, 1972, p. 53.

trató con dicha Sociedad la habilitación de talleres en La Carraca para artillería naval» [6]. Así, pues, lo normal es que los trabajos corrieran desde 1908 a cargo de tal compañía, en la que los intereses británicos de Vickers desempeñaban un papel importante, con lo cual Inglaterra se había asegurado el primer puesto en la industria bélica española de la época. Ello tendría inmediatas repercusiones para el futuro de la colaboración hispano-alemana de los años veinte.

El programa naval anterior no sólo iba despacio, sino mal: las unidades estaban ya obsoletas al entrar en servicio, y es notable el caso del buque de línea «Jaime I» que, encargado en 1908, no se entregó a la Armada hasta finales de 1921.

Al año siguiente, cuando entró en servicio el crucero rápido «Reina Victoria Eugenia», la Marina alemana preveía que, de no haber sido preciso realizar más inversiones en la terminación de los otros tipos del programa, los seis sumergibles de la clase C podrían concluirse en un período de dos años. «Es de temer, sin embargo, que no se acaben antes de que transcurran cinco años y que entonces ya estén obsoletos» [7].

Sería precisamente en la construcción de submarinos y de torpederos en donde coincidirían el interés alemán por experimentar nuevos tipos en el extranjero y el interés del Gobierno español por conseguir ayuda técnica y financiera.

Es bien sabido que la Dictadura puso en práctica un programa de expansión naval concretado en las leyes de 31 de marzo y de 13 de julio de 1926. Cuando se hizo público ya se habían establecido, o iban a establecerse inmediatamente, difíciles contactos con la Marina alemana para conseguir su colaboración técnica en la construcción de algunos de tales elementos (buques-tanques, de vigilancia y submarinos).

No es éste el trabajo en que deba examinarse el papel de tal expansión naval en la política exterior de la Dictadura. En Berlín se tenían informaciones de que, en la opinión francesa, el desarrollo de la flota representaba el intento de acrecentar la importancia de España en el Mediterráneo en base a la construcción de elementos fundamentalmente ofensivos. Posteriormente

[6] *Ibid.,* p. 20. Sobre la presencia inglesa en la industria naval española ofrece también algunas referencias Rafael Ossa Echaburu en *El Bilbao del novecientos. Riqueza y poder de la ría,* 1900-1923, Librería Villar, Bilbao, 1969, pp. 293-296.

[7] Este tipo de datos están tomados de una referencia a las políticas navales de distintos países en el legajo 148 del apéndice sobre fuentes primarias y bibliografía, pp. 177 y siguientes. Los he compulsado en la obra de Aguilera (pp. 21, 55, 81, 102, 120 y 121), renunciando a entrar en más detalles, no muy significativos para nuestros propósitos. (Todas las referencias a legajos se hacen según la numeración de tal apéndice.)

tocaremos de nuevo el tema, limitándonos a consignar aquí el interés que la política naval española despertaba en Francia [8].

También cabe afirmar que ya en una época muy temprana España había empezado a jugar algún papel para las autoridades alemanas de Marina. Ligado a él, por lo menos desde 1922, destaca una figura muy debatida y que, posteriormente, desarrollaría una singular actividad durante la Guerra Civil y el segundo conflicto mundial. Se trata de Wilhelm Canaris, quien, a partir de enero de 1935, se haría cargo del servicio de inteligencia militar o, como se le conoce más generalmente, de la Abwehr, que aflorará con frecuencia en estas páginas.

El papel de Canaris es insoslayable: el jefe del servicio secreto alemán sería, corriendo el tiempo, un personaje clave en la intervención alemana en la guerra de España. Numerosos autores han afirmado que fue él quien estuvo en el origen de la misma.

Su primera etapa española comenzó el 30 de noviembre de 1915. El 21 de febrero de 1916 fue detenido en Italia cuando regresaba a Alemania, pero poco más tarde se le devolvió a España: llegó a Madrid el 19 de marzo de 1916 y permaneció en tierras españolas hasta el 1 de octubre del mismo año. Es posible que en aquellos meros nueve meses de estancia en España Canaris entrara en relación con algunos hombres que «veinte años más tarde ocuparían posiciones destacadas en el Estado y en el Ejército», pero es mucho más verosímil que el entonces teniente de navío estableciera contactos de este tipo en el curso de su segunda etapa española.

Existen algunos indicios de que el primer viaje de Canaris a España del que queda constancia —y que tuvo lugar entre el 15 de junio y el 1 de julio de 1922 [9]— se destinaría en esta segunda etapa a preparar el terreno para las actividades de inteligencia de la Marina alemana. En efecto, en este viaje Canaris se dedicó a introducir y a relacionar a uno de sus posteriores agentes: un ex oficial de Marina llamado Mayrhofer, a quien colocó de entrada en la compañía Telefunken y que desempeñaría también un papel significativo en la ulterior colaboración naval hispano-alemana.

Canaris estaba, además, interesado en determinar qué empresas españolas podrían entregar materiales con destino a la industria bélica de su país. Obliga a pensar que tal viaje no fuera el primero el que los datos al respecto los ofrece como complemento de otros suministrados el 22 de abril.

[8] Véase «Ausarbeitung der französischen militärischen Sachverständigen, ... Frankreich und der amerikanische Marine-Abrüstungsvorschlag» en el legajo 149.

[9] Gran parte del material de archivo que se utilizará en este capítulo procede del legajo 143. (El informe en cuestión figura en las pp. 6-11.)

También en este contexto surge el nombre de una figura que estaría llamada a desempeñar posteriormente un papel importante al lado de Canaris y con la que éste tenía una profunda relación de amistad: nos referimos a la persona conocida bajo el seudónimo de barón Ino von Rolland [10], que había desarrollado actividades de espionaje en Grecia y en España.

En noviembre de 1924 se destinó a Canaris a la dirección de la escuadra en la Subsecretaría de la Marina del Ministerio de la Reichswehr y, con ello, entró de lleno en la política de desarrollo camuflado de la flota que, bien que mal, se fue llevando a cabo en el período. Desde 1925 es posible reconstruir con un cierto grado de aproximación sus relaciones y sus actividades en España dentro del limitado rearme naval alemán durante la década de los veinte y mitad de la de los treinta.

El desarrollo de nuevos tipos fue particularmente importante en la construcción de submarinos, lanchas rápidas y torpedos. De hecho, la rápida expansión del arma submarina alemana en la época del Tercer Reich no hubiera sido posible sin las experiencias y los proyectos llevados a cabo previamente. En este terreno, la colaboración con España ocupa un lugar importante y sus resultados afectarían incluso a la Marina soviética.

En tales actividades clandestinas desempeñó, tras el Tratado de Versalles, un papel fundamental el capitán de navío Walther Lohmann, quien administraba diez millones de marcos procedentes del fondo especial creado por el Gobierno para fortalecer la defensa a raíz de la ocupación franco-belga del Ruhr. Lohmann propulsó el desarrollo de lanchas rápidas y la investigación sobre torpedos y, en último término, financió las operaciones de una empresa creada en Holanda destinada a sentar las nuevas bases técnicas de una futura arma submarina [11].

En efecto, ya en el año 1920 dos astilleros alemanes (el Germaniawerft, de Krupp, y el Vulkan) habían vendido al Japón, con la autorización de los dirigentes de la Marina alemana, proyectos de nuevos submarinos, que fue-

[10] Fallecido el 15 de marzo de 1905 en Buenos Aires, «von Rolland» aparecería desempeñando una importante misión en favor de Franco en la Lisboa del mes de agosto de 1936.

[11] Véase el informe del capitán Albert Schüssler, «Der Kampf der Marine gegen Versailles, 1919 bis 1935», en *Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher vor dem Internationalen Militärgerichtshof,* tomo XXXIV, documento 156-C, Nuremberg, 1949, pp. 530-607. (La colección se citará en el futuro como IMGH.) Está complementado con datos procedentes de Richard Lakowski, *Deutsche U-Boote geheim 1935-1945,* Brandenburgisches Verlagshaus, Berlín, 1991, pp. 9-20 y Bernd Remmele, «Die maritime Geheimnistung Kapitän z.s. Lohmann», en *Militärgeschichtliche Mitteilungen,* núm. 2, 1997.

ron los primeros en construirse después de la guerra con planos germanos, y cuya transmisión no caía dentro de las prohibiciones establecidas en Versalles.

En 1922 tuvo lugar una decisión fundamental: la constitución en Holanda, y como empresa holandesa, de una oficina técnica (la famosa Ingenieurskantoor voor Scheepsbouw) en la que participaban tres de los mayores astilleros alemanes (Germaniawerft, Weser-Werft y Vulkan-Werft), bajo la dirección oculta de las autoridades alemanas de Marina, cuyo enlace con la I. v. S. se hacía a través de una empresa ficticia radicada en Berlín, la Mentor Bilanz GmbH, en la cual actuaría como gerente durante algún tiempo el entonces teniente de navío Hans Schottky, quien desempeñaría cierto papel durante la guerra de España. La I. v. S. hizo ofertas a veinte países pero sólo cerró contratos con seis. Ninguno de ellos respondía a la necesidad de incorporar las innovaciones técnicas adquiridas y esenciales para el caso de un nuevo conflicto.

Canaris llamó la atención de Lohmann sobre la particular importancia que para el desarrollo futuro del arma submarina tenía el mantenimiento de un *pool* de experiencias como el que, poco a poco, iría cristalizando en la I. v. S.

En 1925, gracias a una subvención de Lohmann de casi un millón de marcos, la empresa «holandesa» pudo atacar su primera tarea: un pedido al astillero holandés Fijenoord para la construcción de dos submarinos de 500 toneladas destinados a la Marina turca y a realizar según los planes de los expertos alemanes.

Por la misma época, el astillero Germaniawerft se había decidido a sondear las posibilidades de desarrollar la cooperación con las autoridades de Marina españolas que iban a la zaga en su programa de construcción de submarinos. Ya un año antes se había constituido en Madrid la Unión Naval de Levante, con participación de Krupp, quien también dominaba aquel astillero alemán. El momento era interesante: las autoridades españolas habían optado por gestionar la adquisición de algún prototipo de aquella nacionalidad, a pesar de la enconada oposición de la Constructora Naval, que venía construyendo las series B y C de submarinos españoles. Fue el propio director de la I. v. S. quien inició, acompañado de Canaris a expreso deseo de la firma Krupp, las gestiones a favor de los intereses alemanes en una situación complicada por la rivalidad entre la Unión Naval de Levante (UNL) y la Constructora Naval (CN), así como por la aparición de una figura que, por parte española, terminaría siendo clave en toda la operación de colaboración: el famoso millonario vasco Horacio Echevarrieta y Maruri. Éste, ansioso de asegurarse una participación en el futuro programa de expansión naval y en la fabricación de torpedos, se había puesto en contacto

anteriormente con otro de los astilleros alemanes (Blohm & Voss), que no formaba parte del consorcio I. v. S. y ganado la cooperación de dos grandes konzerns de la misma nacionalidad (MAN y AEG) para construir motores. La UNL contaba con el apoyo de Siemens-Schuckert, de la Maquinista Terrestre y Marítima y, a través de la Fábrica de Mieres, con el de Krupp, también representado en la I. v. S. [12]

No tiene demasiado interés reproducir aquí las rivalidades y las fricciones que, a lo largo del tiempo, fueron produciéndose entre los distintos grupos mencionados [13] en competencia muy dura con los intereses británicos de la CN y con la posibilidad de que se terminara optando por un modelo de otra procedencia. En particular, resultó un factor de retardo el que la I. v. S. estuviera largo tiempo ligada a la UNL a través de un contrato de asistencia técnica impuesto por Krupp.

Eliminadas tras largas conversaciones las dificultades que implicaba la relación anterior, las autoridades alemanas fueron muy conscientes de que la decisión correspondía a las españolas. Entre éstas y por lo menos desde principios de 1925, ya había manifestado Mateo García y de los Reyes, entonces jefe de la base de submarinos de Cartagena y el personaje quizá más influyente en las negociaciones, su convicción de que convendría optar por un prototipo alemán de unas 1.000 toneladas, gran velocidad y gran radio de acción [14].

Canaris, protagonista principal de los contactos, tenía una idea definida respecto a lo que debiera hacerse:

> Si logra la Marina contribuir a un acuerdo [entre la I. v. S. y Blohm & Voss] será más fácil después atender a todas las necesidades que impone el interés nacional. En ningún caso puede dársela de lado o eliminarla, como ya ha hecho Blohm & Voss. Hay que lograr que la Marina participe directamente en lo que se refiere al futuro desarrollo de los submarinos y que la construcción y prueba de los mismos no se haga en España con personal español, sino en base al que se

[12] Marion Einhorn, *Die ökonomischen Hintergründe der faschistischen deutschen Intervention in Spanien, 1936-1939,* Akademie Verlag, Berlín (Este), 1962, p. 36, menciona que las relaciones de Canaris con Echevarrieta databan de su primera estancia en España. No ofrece prueba alguna de ello. Antes bien, todo parece que fue el interés de Echevarrieta, en principio ligado con Blohm & Voss, por participar con este astillero alemán en la construcción de los submarinos lo que inevitablemente le hizo entrar en relación con Canaris, el hombre de confianza de la Marina en los contactos con España.

[13] Véase el legajo 143, pp. 155-157.

[14] *Ibid.,* p. 33. La influencia de García y de los Reyes fue creciendo con el tiempo, y en noviembre de 1928 pasó a ser ministro de Marina, cuando las bases de la colaboración naval hispano-alemana estaban ya firmemente establecidas. Sustituyó a Cornejo, a quien los alemanes imputaban tendencias pro inglesas.

> haya elegido especialmente en Alemania y que ofrezca la garantía de que sus conocimientos y experiencias vayan luego a repercutir en beneficio de la Marina alemana [15].

Los acontecimientos sucesivos confirmarían esta exigencia del entonces capitán de corbeta. Ahora bien, fue la creciente influencia política de Echevarrieta la que hizo que los alemanes se fijaran pronto en él como el *partner* más deseable. El millonario vasco, al darse cuenta del interés de la Armada española por aprovecharse de las experiencias de la, I. v. S., no tuvo dificultades en dejar de lado su relación con Blohm & Voss [16] con el fin de allanar en su propio favor el camino de la colaboración.

Como se ha hablado tanto de los contactos previos de Canaris con los más caracterizados círculos políticos y militares españoles, quizá no esté de más recoger aquí que cuando se le invitó a exponer en persona al propio Rey los deseos de las autoridades alemanas de Marina, su reacción, tras un momento de indecisión inicial, fue aceptar, siempre que el monarca expresara el deseo de recibirle. Él preferiría —y esto es muy significativo— poner primero en juego las relaciones que tenía de tiempo atrás con oficiales de la Armada española, particularmente las anudadas de cuando la visita a España del crucero «Berlín»[17], en el que había sido primer oficial desde septiembre de 1923 hasta principios de 1924. La respuesta de Canaris permite pensar que sus tan decantados contactos quedarían establecidos en una fecha posterior.

En el segundo de los viajes de Canaris a España (en enero-febrero de 1925) se encuentra una información explícita sobre otras de las actividades del entonces capitán de corbeta en un terreno en el que, posteriormente, se haría famoso. Independientemente, en efecto, de las gestiones ante las autoridades españolas relacionadas con la deseada colaboración hispano-alemana en el terreno naval, Canaris se dedicó a ampliar la organización del espionaje alemán que ya existía en España. En un anejo al informe de su viaje refiere cómo reclutó a cuatro alemanes residentes que se comprometieron a trabajar para el servicio de inteligencia, afirmando que ninguno de ellos estaba dispuesto a encargarse de la organización y preparación del espionaje para

[15] *Ibid.,* p. 44. Inútil insistir en este punto, tan claramente expuesto por el propio Canaris. La I. v. S. había encontrado en España el *partner* ideal.

[16] *Ibid.,* pp. 12-29, 30-45 y 77-85. Para ensartar toda la cooperación hispano-alemana en un marco más amplio, ligado a la política económica y sectorial española en dichos campos, es insustituíble el brillante trabajo de Pablo Díaz Morlán, *Horacio Echevarrieta,* LID, Madrid, 1999, apoyado en datos de los archivos españoles.

[17] *Ibid.,* p. 34. La primera entrevista con el Rey de la que queda referencia exacta data del 20 de julio de 1926, casi año y medio más tarde.

un caso de movilización por temor a exponerse, dada la extensa actividad entonces desarrollada por los servicios franceses de carácter análogo en España. De aquí que Canaris tuviera que recurrir a una persona que él mismo conocía desde hacía tiempo y que llevaba ya algunos meses en España: a un tal Conrad Meyer, ex oficial del ejército alemán, le correspondería encargarse del *envío de agentes a Francia,* de la preparación de un servicio de información, particularmente en los puertos, y del suministro de informaciones regulares sobre asuntos de naturaleza política y económica[18] (los subrayados son míos), es decir, de actividades generales de espionaje y de información que luego Canaris dirigiría también en la Abwehr. A mayor abundamiento, Canaris puso en contacto a Meyer:

> con gran parte de los alemanes y de los españoles que en la Gran Guerra trabajaron para el servicio de inteligencia alemán... y le he dado las tintas simpáticas necesarias para su actividad... enseñándole su manejo. También le he entregado, además, para su trabajo los cuestionarios militares que se me dieron...

Este informe es la primera referencia explícita a la existencia de una organización de espionaje y de información en España al servicio de Alemania en los años veinte —aun cuando no cabe desconocer que ya venía actuando en aquélla desde fecha anterior—, y porque muestra el papel que en su ampliación le correspondió a Canaris.

El archivo de la Marina muestra cómo Canaris tomó parte activa en todos los contactos confidenciales con España a la vez que levantaba en ésta la red de información. Su próximo viaje documentado del 20 de abril al 8 de mayo de 1925, ofrece una nueva prueba de ello: ahora se trataba de proporcionar a dos aviadores alemanes la posibilidad de recoger experiencia en las fuerzas armadas españolas. Antes del viaje, el enlace de Echevarrieta con la Marina, el capitán de corbeta Daniel de Araoz, barón de Sacro Lirio, quien había participado previamente en los primeros contactos del millonario vasco con las autoridades alemanas, había trasladado a Canaris la aprobación

[18] Véase el informe en el legajo 143, pp. 46-49, con el título «N-Arbeiten in Spanien». Los cuatro alemanes entonces reclutados y sus nombres en clave fueron Carlos Baum (Martha) en Barcelona, Carlos Fricke (Fernando) en Valencia, Alfred Menzell (Eduardo) en Cartagena y Ricardo Classen (Ricardo) en Cádiz. Robert H. Whealey, *Hitler and Spain*, The University Press of Kentucky, Lexington, 1989, pp. 144-149, ha compilado una lista de 60 agentes alemanes en España de la más variada procedencia utilizando en parte documentos norteamericanos amén de un amplio abanico de fuentes complementarias. No menciona a Baum. Estas actividades de Canaris y la red de espionaje, no figuran en la enciclopédica obra de David Kahr, *Hitler's Spies,* Hodder and Stoughton, Londres, 1978, de obligada referencia.

del almirante Antonio Magaz y Pers —presidente interino del Directorio y posteriormente embajador franquista en Berlín durante la Guerra Civil— al *stage* de los oficiales alemanes, interesados en observar de cerca los combates de Marruecos. Canaris entró en contacto con el entonces teniente coronel Kindelán, con quien convino en camuflar a los oficiales alemanes (capitán Ulrich Grauert y teniente Hans Jeschonnek) como mecánicos de aviación haciendo depender la fecha de su traslado a África de la iniciación de la ofensiva en Alhucemas [19].

Ahora bien, seguía siendo la promoción de los intereses de la Marina, en cuanto a la colaboración naval con España, el principal rasgo de la actividad de Canaris. Las dificultades eran varias, aparte ya los conflictos entre las empresas [20]; la oposición en determinados círculos de la Armada española a una vinculación de este tipo con Alemania, orientándose más bien por el mantenimiento de la especial relación con Inglaterra, cuya influencia a través de la Constructora Naval —que se vería arrebatar parte del proyecto, caso de triunfar los contactos con Echevarrieta— queda bien documentada; las facilidades financieras para el desarrollo de la operación que ofrecieron por orden superior algunos bancos ingleses al millonario vasco y consistentes en una serie de créditos que le permitirían presentar a la Armada española mejores condiciones de pago que las que tendría que hacerle si, en principio, aceptaba las sugerencias de Berlín; las discrepancias en Alemania respecto a la conveniencia e importancia de proseguir los contactos con la Marina española, así como las dudas, sobre todo por parte del Ministerio de Negocios Extranjeros, en cuanto a la oportunidad política de los mismos, dadas las negociaciones en curso sobre el desarme.

Todos estos factores jugarían un papel retardatario a lo largo del año 1925 en tanto que, por parte española, la preocupación por la guerra de Marruecos y, en diciembre, la salida del gobierno del almirante Magaz y su sustitución por el almirante Cornejo retrasarían a su vez el ritmo de realización del programa naval [21].

[19] *Ibid.,* pp. 57-61. A esta misión se hará referencia más adelante. Obsérvese que el contacto de Canaris fue Kindelán, específicamente.

[20] Véase el memorándum sin fecha de Canaris «Stand der spanischen Angelegenheit» en el mismo legajo, pp. 67-71, en el cual se reflejan las discrepancias entre las empresas interesadas en participar en la colaboración con Alemania, se prepara una visita a ésta de Echevarrieta y se pasa revista a la situación del momento.

[21] Véase en el mismo legajo el memorándum sin fecha «Situationsbericht über das spanische Geschäft», pp. 72-74, en el que se reflejan los datos suministrados por Canaris.

Aparece Horacio Echevarrieta

La paralización cesó cuando, por Real Decreto, se otorgó a la firma Echevarrieta y Larrínaga la necesaria concesión para la construcción de una fábrica de torpedos en Cádiz destinados a aprovisionar a la Armada española. Inmediatamente, la mencionada empresa y la Marina alemana firmaron un contrato a tenor del cual la española recibiría de Alemania los planos necesarios para tal construcción así como para la experimentación de un torpedo de 53 centímetros comprometiéndose a guardar aquéllos en secreto y destinar éste sólo a los suministros para la Armada española. La dirección de la fábrica radicaría en un alemán que fuera aceptable a las autoridades navales alemanas, quienes también podrían recabar suministros a la empresa en las mismas condiciones que las españolas. Finalmente, las autoridades berlinesas se aseguraban de que se les comunicaran las experiencias que se realizaran en Cádiz. El contrato, sin posibilidad de denuncia, duraría hasta el 1 de enero de 1936.

Simultáneamente, las Marinas de ambos países firmaron un contrato entre sí en el cual la alemana se obligaba a entregar a Echevarrieta los planos necesarios para que destinara únicamente a la española los torpedos resultantes en tanto que ésta se comprometía a mantenerlos secretos ante terceros [22].

Algo más tarde, constatado de nuevo el interés inglés por participar en el proyecto —que ascendería en principio a una inversión próxima a los ocho millones de pesetas—, la Marina persistió en que se examinara la posibilidad de apoyar financieramente a Echevarrieta [23]. La cuestión de los contactos con España, así formalizados, pasó a tratarse al más alto nivel en Berlín, en donde el 31 de marzo se celebró una reunión entre el canciller del Reich, Hans Luther, el ministro de Negocios Extranjeros, Gustav Stresemann, de Finanzas, Peter Reinhold, de Economía, Julius Curtius, y el secretario de la Cancillería, Franz Kempner, en que se debatió la ayuda a Echevarrieta [24]. A ella le había precedido una intensa acción por parte de Walther Lohmann encaminada a convencer a la dirección política alemana de los beneficios derivados del apoyo al proyecto de cooperación con España. En su favor militaba el hecho de que ya Echevarrieta se había dirigido a Berlín solicitando créditos que le permitieran compensar los sugeridos por los ingleses. De ser-

[22] Véase el legajo 138, pp. 149-152. Los contratos se encuentran como segundo y tercer anejos al informe del viaje de Canaris a España del 9 de mayo al 10 de junio de 1926, pero no aparecen con el ejemplar que se conserva en el legajo 143. El contrato entre las dos Marinas va firmado, por parte española, por el almirante Cornejo.

[23] Véase en el legajo 143 el memorándum «Torpedofabrikation in Spanien» del 22 de febrero de 1926, pp. 75-76.

[24] Véase la nota de Kempner del 1.º de abril en el legajo 3.

le concedidos tales créditos Echevarrieta se comprometía no sólo a pasar a firmas alemanas los correspondientes pedidos, sino también a considerar los deseos alemanes de participar en la construcción de submarinos adquiriendo además sistemas de dirección de tiro —que eran tradicionalmente de origen inglés en los navíos de la Armada española— en la misma Alemania.

Argumentos económicos, técnico-militares y de política exterior para profundizar las relaciones con España hablaban, según Lohmann, en favor del proyecto en el cual la Marina llevaba ya interesada unos cuantos años. Por orden del subsecretario de Marina (Chef der Marineleitung), Lohmann se había preocupado de allanar las dificultades financieras consiguiendo que el Deustche Bank, con la garantía del gobierno alemán, se declarara por fin dispuesto a conceder a Echevarrieta un crédito por importe de 240.000 libras esterlinas[25] y al cual caracterizaba por aquellas fechas el embajador alemán en Madrid, conde von Welczeck, como:

> en cierta medida, el Stinnes español. En el fondo, republicano y rico, independiente política y económicamente, de gran importancia y ambicioso, en muy buenas relaciones con el Rey y desde hace poco algo más frío con Primo de Rivera... [cuya], meta es la monopolización de la industria bélica española [26].

La Wilhelmstrasse, abierta a la escena internacional, persistía, sin embargo, en una actitud de prudencia que no deja de tener cierto paralelismo con la que, en circunstancias muy diferentes, mostraría respecto a la petición de suministro de material de guerra hecha por los militares españoles en julio de 1936. Por lo pronto, y en respuesta a la demanda de información del 1 de abril de la Cancillería al secretario de Estado de Negocios Extranjeros, Carl von Schubert, éste contestó dos días más tarde pasando revista a los recelos que, dados los términos del Tratado de Versalles, las conversaciones del desarme y una previsible oposición inglesa a perder terreno en España, había ya desde mucho antes sustentado la diplomacia alemana [27].

[25] Las acciones de Lohmann quedan reflejadas en los documentos que van con la nota anterior de Kempner, en una carta que le dirigió el 29 de marzo con cinco anejos. Cuando las múltiples operaciones de Lohmann salieron a la luz pública en Alemania, promoviendo el correspondiente escándalo, y las autoridades de Marina iniciaron una complicada investigación para ponerlas en claro, Canaris explicó la intervención de Lohmann en la concesión del crédito. Véase «Stellungnahme des Korvettenkapitän Canaris zu der Angelegenheit Lohmann» en el legajo 143, pp. 182-183.

[26] Véase su telegrama 98 al MNE (Ministerio de Negocios Extranjeros), del 3 de abril en el legajo 3.

[27] Véase el escrito dirigido a la Cancillería que se encuentra en el mismo legajo.

El 6 de abril de 1926 Erich Nord, uno de los expertos de la Wilhelmstrasse, resumía las objeciones que cabría oponer al proyecto desde el ángulo de las disposiciones establecidas en Versalles: a) el suministro de planos y patentes para la construcción de material de guerra no estaba prohibido por los términos del Tratado, así como tampoco lo estaba la colaboración personal de técnicos, ingenieros y montadores; b) el envío de máquinas especiales destinadas a la producción de material de guerra no quedaba comprendido, en la opinión alemana, en los artículos 170 y 192 del Tratado, que prohibían la exportación de tal material, si bien la Comisión Interaliada de control y la conferencia de embajadores habían solicitado desde hacía tiempo que Alemania extendiera a tal equipo la mencionada prohibición [28]. En el año 1926 tenían lugar negociaciones al respecto y la Wilhelmstrasse temía que la exportación a España de esta maquinaria pudiera incitar al gobierno británico a hacer más hincapié en la indicada solicitud; c) por último, la fabricación y suministro de material de guerra propiamente dicho (sistemas de dirección de tiro, partes de los submarinos, etcétera), caía de lleno no sólo dentro de las prohibiciones del Tratado de Versalles, sino también dentro de los términos de la propia ley alemana sobre importación y exportación de material de guerra del 26 de junio de 1921. No estaba, sin embargo, incurso en los supuestos precedentes el que la producción o suministro se hiciera en o por parte de filiales en el extranjero de empresas alemanas [29] por lo que algunas de las implicadas terminarían recurriendo a este subterfugio para camuflar la colaboración.

El temor a posibles presiones aliadas que repercutieran en la industria alemana a través de un endurecimiento de las negociaciones que redujese el ámbito de definición de la maquinaria especial destinada a la fabricación de material de guerra pesó poco después sobre los representantes del Ministerio de Economía, de la Wilhelmstrasse y del de Finanzas en una reunión a nivel inferior celebrada en Berlín el 13 de abril, en contra de la opinión de los de la Marina, que eran nada menos que el propio subsecretario de ésta, almirante Hans Zenker, y el jefe del «Allgemeines Marineamt», almirante Iwan Oldekop [30]. El primero, en particular, se refirió a la situación de la industria bélica

[28] La situación internacional precedente en 1925 y la cuestión de las negociaciones, así como la acción de la conferencia, pueden seguirse en Graml, *op. cit.,* pp. 200-203.

[29] Véase el memorándum en el legajo 46.

[30] El protocolo de la reunión se encuentra en los legajos 46 y 150 y ha sido publicado en ADAP, B, III, documento 112, pp. 231-233. Fue presidida por el entonces subsecretario del Ministerio de Economía Ernst Trendelenburg, quien pasaría posteriormente a ocupar la presidencia de la Asociación de Exportadores de Material Bélico (AGK), constituida a finales de 1935, la cual se encargaría de centralizar las conversaciones por parte alemana cuando se reanudaron contactos de este tipo, siendo el ministro español de la Guerra José María Gil Robles. *(ADAP: Akten zar deutschen Auswärtigen Politik).*

española, hasta entonces de lleno en manos inglesas, e indicó la tendencia, al parecer existente en España, a suavizar esta relación de dependencia, constituyendo una industria bélica nacional a través de los esfuerzos de Echevarrieta.

> Éste pretende construir las necesarias fábricas y los astilleros correspondientes en Cádiz, Cartagena y en un tercer lugar, para lo cual deseaba conseguir planos, informes e ingenieros no militares. En primer lugar se pensaba construir una fábrica de torpedos; luego, 14 submarinos, y proveer a la Armada española de sistemas modernos de dirección de tiro. El material y la maquinaria se adquirirían, en la medida de lo posible, de firmas alemanas. A la Marina lo que le importaba en primer lugar era poner en práctica los diseños que había desarrollado sobre este material de guerra, poniéndolos luego a prueba y manteniendo adiestrado al personal técnico. *De no ser ello posible se interrumpiría definitivamente el desarrollo de los torpedos y del arma submarina* [31].

En último término prevaleció, sin duda, la opinión de Zenker y de Oldekop, aun cuando las reservas de la Wilhelmstrasse, así como las de los representantes de los Ministerios de Economía y Finanzas, se revelaron claramente en el curso de la reunión. Que Echevarrieta contaba con intereses alemanes que se pronunciaban en favor de la sugerencia de ayuda se había podido constatar ya en la reunión de ministros del 1 de abril. Precisamente en este último mes el industrial vasco inició las negociaciones definitivas en una visita a Berlín [32], a las que siguió un nuevo viaje, muy importante, de Canaris a España del 9 de mayo al 10 de junio de 1926.

La conclusión de los acuerdos se inició por el lado más preparado, cual era el relativo a la participación alemana en la construcción de la fábrica de torpedos gaditana, si bien el aspecto de los submarinos se mantenía permanentemente en el trasfondo. Echevarrieta se comprometía definitivamente a pasar a firmas alemanas los pedidos necesarios para realizar la primera y, después, fabricar los torpedos propiamente dichos a la vez que aseguraba que pondría en juego todo cuanto estuviera en su mano para que la Armada española encargara la mayor cantidad posible de sistemas de dirección de tiro a la firma designada por las autoridades alemanas. De no lograr esto, se obligaba a ofrecer a la Armada española un sistema de pruebas para cruceros contando con el apoyo de la firma alemana. También se comprometía a llevar a cabo la construcción de sumergibles, de acuerdo con las condiciones del Ministerio español de Marina, en combinación con la firma recomendada por

[31] El subrayado es mío.
[32] Véase el telegrama sin número del MNE a la Embajada alemana en Madrid del 20 de abril que se encuentra en el legajo 46.

las autoridades alemanas atendiendo a sus deseos de participar en las experiencias y en los viajes de prueba. La cláusula cuarta da, sin embargo, mucho que pensar: «En general me comprometo a facilitar a la industria alemana de material de guerra entrada en el Ejército y en la Armada españoles» [33].

El contrato debió firmarse entre el 9 de mayo, primer día del viaje de Canaris, y el 16 del mismo mes, cuando llegó a España el representante del Deustche Bank, doctor Luck, ya que al día siguiente los directores del Banco Alemán Transatlántico, Welsch y Ullmann, firmaron por su parte con Echevarrieta el convenio de crédito de las 240.000 libras sin conocer para nada del previamente concluido entre este último y Canaris.

La colaboración que, indirectamente, a través de Echevarrieta y del Deustche Bank se iniciaba entre la Armada española y la Marina alemana produjo gran satisfacción entre los círculos interesados españoles. A Canaris lo recibió el general Primo de Rivera, quien le indicó que el favorable desarrollo de los contactos con las autoridades alemanas le había incitado a concluir un importante convenio comercial (el del 7 de mayo de 1926) orillando las graves dificultades existentes en el terreno de los intercambios y las fricciones en el de las relaciones exteriores, en donde se estaban produciendo grandes roces con ocasión del acercamiento alemán a la SDN [34].

El 20 de mayo Alfonso XIII concedió audiencia a Canaris. De creer el relato de este último, el Rey se mostró extraordinariamente interesado en profundizar la colaboración que se iniciaba con la construcción de la fábrica de torpedos. El monarca ya había tomado medidas para que se pusiera a prueba un sistema de dirección de tiro naval de origen alemán que permitía un mayor alcance y se declaró dispuesto a que, en cuanto se allanaran las dificultades, se procediera a la construcción de, en principio, un pequeño número de submarinos en cuyos preparativos venía desempeñando desde el comienzo un papel importante Mateo García y de los Reyes.

Los ya tan dilatados contactos hispano-alemanes parecieron entrar entonces en una fase de rápido ritmo, iniciada por la visita oficial a España de Walther Lohmann, promotor de toda la operación desde su puesto de director del servicio de transportes marítimos de la Subsecretaría de la Marina. Preparada de nuevo por Canaris, la visita dio oportunidad de exponer, al más alto nivel, las posibilidades que divisaba la Marina alemana en cuanto a la colaboración con España, que parecieron ser bien recibidas por el Rey, interesado en la opinión

[33] El contrato figura como primer anejo al informe del viaje en el legajo 138, páginas 147-148. El informe está en las pp. 137-146.

[34] Véase el despacho 1601/26, «Spaniens Politik im Hinblick auf die Ratssitzfrage», de Welczeck, del 7 de mayo de 1926, en ADAP, B, III, documento 133, para un comentario sobre las causas de tales roces en opinión del embajador.

de Lohmann en establecer, con el apoyo técnico alemán, una industria bélica de carácter nacional [35]. Lohmann se dirigió a España en el vapor «Barbara», provisto de numerosos adelantos técnicos, y recibió en él al Rey y a Echevarrieta, interesándoles por la construcción de buques-tanque que podrían servir de portaviones y por la de lanchas rápidas [36]. Eran éstas uno de los elementos a los que Lohmann había dedicado mayor atención, convencido de su utilidad para una pequeña marina de medios limitados si se las armaba de los adecuados torpedos. Ya en 1924 había constituido la famosa Travemünder Yachthafen, A. G. (Trayag), que experimentó con un prototipo que serviría tanto de dragaminas como de cazasubmarinos y buque de vigilancia. Según Schüssler, los modelos desarrollados entonces contribuyeron sustancialmente al posterior avance de tales elementos ofensivos [37].

Antes del discreto pero productivo viaje de Lohmann a España, había tenido lugar una visita muy sonada de la flota alemana a Barcelona, cuyo comandante había sido objeto de una recepción particularmente calurosa por parte del Rey. En el correspondiente informe el oficial alemán, vicealmirante Mommsen, destacaría el particular interés del soberano por establecer una serie de convenios sobre desarrollo y experimentación de armas y las grandes alabanzas del monarca con respecto a Canaris, a quien había calificado como agregado naval inoficial» [38].

Tras las visitas a Bilbao y Santander, Lohmann, precedido de Canaris, se dirigió a Madrid. Dejemos a aquél la palabra en un retazo extremadamente significativo de su informe:

> Canaris se entrevistó allí en primer lugar con el ministro de Marina Cornejo y tomó contacto con los astilleros interesados para informarse de las perspectivas de nuestros contrarios, es decir, del astillero inglés *[sic]* Constructora Naval, en lo que se refería al sistema de dirección de tiro y a los proyectos sobre submarinos. El ministro Cornejo está totalmente del lado de los ingleses... e intenta conceder todos los pedidos a la Constructora Naval. En estos esfuerzos le apoyan una serie de oficiales de Marina que divisan en la gran experiencia práctica de tal astillero una ventaja en cuanto a rapidez en la entrega, a diferencia de lo que ocurre con los astilleros españoles, que hasta ahora no han construido submarinos o instalaciones de artillería. De todas formas el valor de una industria bélica puramente nacional es tal para Es-

[35] Véase el informe sobre el viaje (del 16 al 29 de agosto) en el legajo 143, pp. 96-104.
[36] Véanse las declaraciones de Canaris mencionadas en la nota 25, en el mismo legajo, p. 184.
[37] *Op. cit.,* pp. 554-555.
[38] Véase el despacho, muy confidencial, 2083/26 «Flottenbesuch» de Welczeck del 11 de junio, en ADAP, B, III, documento 149 y nota 6 de los editores, pp. 307-309. Canaris se entrevistó, junto con Mommsen, con Primo de Rivera y Cornejo, para lo cual tuvo que aplazar su regreso a Alemania. Se ha afirmado que Canaris era incluso amigo del Rey, lo que no he podido contrastar documentalmente.

> paña, y los intentos al efecto los apoyan tanto el Rey como los círculos más importantes tan activamente que, tal y como me ha asegurado el primero, cabe contar con la pronta sustitución de Cornejo. Ello no obstante, será preciso tener presente este peligro y observar con atención cómo se desarrollan las cosas para, llegado el caso, recordar al Rey la palabra que me ha dado.

De hecho, Cornejo no fue sustituido por Mateo García y de los Reyes hasta comienzos de noviembre de 1928. Para entonces la colaboración hispano-alemana en el terreno naval, que había ido perdiendo ritmo, se reanudó con más fuerza.

Al filo del verano de 1926 parecía que los próximos puntos en los que la cooperación quedaba por concretarse serían la introducción de los sistemas de dirección de tiro y la construcción de submarinos. Sin embargo, ya sea porque las autoridades españolas y navales alemanas divisaran más posibilidades, ya porque Echevarrieta quisiera aprovechar su privilegiada situación, lo cierto es que a partir de entonces empieza a dibujarse un complicado mosaico de proyectos que recibiría con agrado la Marina alemana —cuando no los impulsaba ella misma—, si bien la Wilhelmstrasse manifestaría en más de una ocasión su preocupación por tales actividades en España y por el riesgo de complicaciones que de ellas pudieran derivarse en la esfera internacional.

En cualquier caso, un acta muy secreta de una reunión el 22 de julio de 1926 al nivel del subsecretario de Marina muestra la sugerencia de que la política a seguir hacia España fuera «abiertamente amistosa», idea aceptada por la máxima autoridad naval alemana indicando que se continuara como hasta entonces [39]. Esta línea de interés permanente hacia las posibilidades abiertas en España llevaría, de la mano de Echevarrieta, hacia su inevitable expansión, a pesar de los recelos hechos valer una y otra vez por la Wilhelmstrasse.

Las posibilidades existían en alguna medida en España: un memorándum en español, sin firma, pero que posiblemente proceda de Araoz, documenta cómo en algunos círculos navales españoles dominaba la idea, ya apuntada en páginas anteriores, de que era el acrecentamiento del dudoso papel de España en el Mediterráneo a base de la adquisición de elementos ofensivos navales lo que se encontraba detrás de la idea de colaborar con la Marina alemana. Merece la pena reproducir la introducción.

> A las naciones poderosas, como Inglaterra, les es fácil el ser los que atacan y llevan la guerra a las costas del enemigo, pero vamos a ver cómo es posible a una

[39] Véase el acta, extendida en un solo ejemplar, «Ueber die Richtlinien und Ziele der deutschen Marinepolitik», en el legajo 150, pp. 337-339.

> nación pobre, como España, pero bien situada estratégicamente, aprovechando las enseñanzas de la guerra, no sólo no ser bloqueada, sino convertirse en agresora en un radio de sus puertos militares de 600 kilómetros.

El memorándum indica que Alemania había ofrecido desinteresadamente a la Armada española una serie de estudios sobre aquellos elementos ofensivos: aparatos para la dirección de tiro previstos para obtener un mayor alcance de la artillería naval; lanchas rápidas; hidroplanos; torpedos; buques-tanque portaviones; aparatos de vigilancia del Estrecho, etc., algunos de los cuales respondían a concepciones muy avanzadas para la época [40].

El autor del memorándum resumía las consecuencias así:

> Con estos nuevos elementos, todos ellos de menos precio que unos cruceros rápidos que no nos darán fuerza alguna, quedaría Gibraltar prácticamente anulado, y tanto el Mediterráneo como el Estrecho bajo la amenaza española, y Canarias, Ferrol y Bilbao como centros de fuerza que no sólo no serían atacados, sino que ahuyentarían las fuerzas enemigas [41].

Sea ello como quiera, lo cierto es que a comienzos del verano de 1926 a Echevarrieta se le habían prometido medios para construir buques-tanque, oportunidad que no quería dejar sin aprovechar la Marina alemana. Tales buques podrían albergar, en caso de necesidad, aviones y lanchas rápidas. Veamos lo que contaría después Canaris al efecto:

> Una vez que el subsecretario de Marina dio su consentimiento a que se revelaran a los españoles nuestras experiencias... regresé de nuevo a España con los informes necesarios que presenté al Consejo de Defensa (Rey, Primo de Rivera, ministro de la Guerra y ministro de Marina), que decidió encargar al industrial español la construcción de dos buques-tanque y de ocho lanchas rápidas. El capitán de navío Lohmann le puso en contacto con el Weserwerft y la Trayag, a quienes, tras algunas negociaciones en Bremen, se les pasó el pedido en agosto de este año [1927]. Dado que el Estado español se había hecho cargo de la financiación de la construcción no hubo lugar a entrar en arreglos crediticios como los que, en interés del industrial español, había realizado antes el capitán Lohmann con el Ministerio de Finanzas, la Reichskreditgesellschaft y el Deutsche Bank [42].

Fácilmente se comprenderá que la intensificación de las relaciones haría necesario establecer un enlace permanente de Canaris en Madrid: a esta mi-

[40] Agradezco esta valoración al embajador Carlos Fernández Espeso.
[41] Véase el memorándum en el legajo 143, pp. 144-147.
[42] Véase la referencia de la nota 25, pp. 185-186.

sión se dedicó, por lo menos desde 1926 [43] el ex-teniente de navío Eberhard Messerschmidt, quien actuaría ante Echevarrieta y la Armada española como hombre de contacto de la alemana y de los círculos industriales de esta nacionalidad relacionados con la fabricación de armamento.

En la segunda mitad de los años veinte se anudaron una serie de conocimientos entre españoles y alemanes que después aflorarían a la superficie durante la Guerra Civil. Uno de ellos fue Messerschmidt, de quien queda una significativa referencia, al 12 de mayo de 1930, a tenor de la cual se había abstenido hasta entonces de realizar en España actividades de espionaje propiamente dichas. Fallecido a una edad muy avanzada en Madrid en el año 1972, Messerschmidt sería, andando el tiempo, el representante en España de la AGK, es decir, uno de los canales a través de los cuales discurrirían los contactos para el suministro de material bélico en la etapa de Gil Robles.

Una actividad tan singular como la de espionaje no la desarrollaba en España, por lo menos hasta 1930, Eberhard Messerschmidt, sino otro agente de la Marina: Franz von Goss. Cuando el servicio de inteligencia de esta última se fundió con el del Ejército de Tierra, von Goss pasó automáticamente a depender de éste, cuyos mandos lo presentaron como enlace con el Ministerio de la Guerra español. Esta fue una de las cuestiones que se debatieron en 1928, el mismo año de la fusión, cuando viajó a España uno de los altos cargos de aquél, el entonces coronel Kühlenthal, al que más adelante nos referiremos [44].

Volvamos, tras este breve inciso, a las actividades de Lohmann: el trabajo del capitán Schüssler ofrece también cierto espacio a la cuestión del suministro de lanchas rápidas, afirmando que el propio Canaris redactó una memoria sobre las posibilidades de utilización de las mismas, lo cual tuvo como resultado que la Armada española quisiera encargar un cierto número en Alemania. En realidad, el estudio de los legajos muestra que las líneas que empezaron a dibujarse en cuanto a la cooperación hispano-alemana a partir del verano de 1926 apuntaban hacia una meta mucho más compleja, que perfilan un tanto incorrectamente los archivos del Ministerio de Negocios Extranjeros, reducido en parte, como muestran sus propios documentos, al papel de solicitar informaciones a la Marina a través de Canaris [45]. Es

[43] Schüssler, *op. cit.,* pp. 569-570, está en un error al afirmar que a Messerschmidt se le destinó a Madrid en 1927.

[44] Véase una nota sin título del 17 de mayo de 1930 sobre las presuntas (y por la Marina negadas) interferencias entre el trabajo «oficial» de Messerschmidt y de von Goss en el legajo 143, pp. 356-358.

[45] Véase, por ejemplo, la nota de Eduard Wagenmann, de la sección de España, del 28 de octubre de 1926, en el legajo 46.

sobradamente conocido cómo la Wilhelmstrasse sería degradada al nivel de casi mera ejecutora técnica de las decisiones que con respecto a la política a seguir hacia España durante la Guerra Civil tomarían en buena medida los centros de poder del Tercer Reich. En los años veinte, sin embargo, en un régimen democrático como el de Weimar y en unos momentos en que una figura de talla internacional como Stresemann se encontraba en la cúspide de su carrera (por ejemplo, la conferencia de Locarno se había celebrado en octubre de 1925; el tratado con la Unión Soviética, a tenor del cual se incrementó la cooperación militar y económica ruso-germana, data de abril de 1926), la dirección de los contactos con un país tan alejado como España no sólo se había sustraído al control efectivo de la Wilhelmstrasse, sino que ésta ignoraba el alcance exacto de lo que iba sucediendo. Por lo demás, ya se había registrado tal ignorancia en el caso de los gases al que nos referiremos más adelante. Nada nuevo, pues, lo que ocurriría en 1936.

Una nota del 9 de octubre de 1926 destinada a Gerhard Köpke, secretario de Estado adjunto de la Wilhelmstrasse, informa que Canaris había comunicado a ésta que ya se había iniciado la construcción de submarinos y que «se habían establecido acuerdos con la competencia inglesa en España de suerte que no cabía temer medidas de esa procedencia en contra de la ejecución de los convenios» [46].

Posiblemente tales informaciones tendían a tranquilizar al Ministerio de Negocios Extranjeros a la vez que le presentaban ante hechos presuntamente consumados. No era ésta una técnica que la Marina empleara sólo con la Wilhelmstrasse. En los archivos de la Cancillería obra el acta de una reunión a nivel ministerial el 29 de noviembre, en la cual el subsecretario, almirante Zenker, informó oficialmente al gobierno del Reich de que la construcción de submarinos, tanto en el interior como en el exterior, no tenía objeto y no se llevaría a cabo. Cierto es que, en el caso de España, tal construcción seguía sin realizarse, pero existía la intención de hacerlo en cuanto se allanaran las dificultades. La autonomía militar en Weimar queda así al descubierto. Mientras tanto, en la visita de Echevarrieta a Berlín del mes de octubre el millonario vasco trataría adicionalmente de ampliar el ámbito de colaboración —en donde ya estaba situado en un primer plano— adentrándose en un terreno nuevo: el de la aviación.

[46] Véase otra nota, preparada también por Wagenmann, para el mismo destinatario, el 9 de octubre, en igual legajo.